

A don Nicolás Salmerón

He leído en un periódico monárquico de Madrid que va usted a ponerse al frente de los elementos radicales del partido republicano. No puedo ni debo creerlo. Sería hacer el juego a la monarquía y a nuestros enemigos, y usted, señor Salmerón, tiene gran talento y gran perspicacia para tamaño error.

Conviene desmentir la especie vertida con una declaración solemne, para que no se engañe a nuestros amigos.

A juzgar por las excitaciones de Nakens, por los discursos pronunciados por usted en Almería y en Madrid, por lo que interesa al partido republicano, por instinto de la propia conservación, por la autoridad de usted y por su historia y sus personales prestigios, no le consideramos capaz de prestarse a ese juego, y mucho menos en los actuales momentos, en que se impone una política de amplia y fraternal concordia, de unión estrecha y sincera, de verdadero tacto de codos y de verdadera fraternidad entre todos los republicanos, porque así lo demandan de consuno el amor a la patria y el culto a los ideales.

Sería dividir más el partido republicano, y usted no sólo no puede autorizar semejante especie, sino que estamos seguros que condenará con todas sus energías la sospecha siquiera de que pudiera usted prestarse a favorecer ciertas tendencias.

No. La nobleza honrada, la patriótica y digna actitud en que usted se ha colocado, rechaza todo espíritu de bandería, toda aspiración de grupo, toda tendencia a dividir y restar. Usted quiere sumar, usted quiere unir, usted aspira a agrupar todas las fuerzas importantísimas del republicanismo español, como único medio de realizar la obra redentora de restituir a España con las instituciones democráticas los prestigios perdidos, la libertad escarnecida, la moral ahorrada y la dignidad en el arroyo, porque considera usted, y considera bien, que sin la unión sincera, leal y honrada, de las dispersas fuerzas republicanas, no podremos llegar al logro de nuestras aspiraciones.

Jefe de grupo lo puede ser cualquiera, y por el escenario de nuestra política han desfilado muchas medianías muy medianas que se han pavoneado con la dirección de una mesnada.

Usted, al preconizar la necesidad de la revolución, no ha querido llamar a sí a los elementos más conservadores ni a los que representan las aspiraciones más radicales en que está dividido el partido republicano.

Usted ha llamado a todos, porque todos por igual estamos interesados en la empresa redentora. Usted no ha hecho un programa de particulares y personales aspiraciones; usted ha expuesto soluciones salvadoras que son comunes a todos los republicanos, y que todos por igual aplaudimos y anhelamos ver realizadas, dispuestos a contribuir en la medida de nuestras fuerzas al triunfo de la obra redentora y patriótica.

Sentimos más simpatías, y nuestras inclinaciones están más al lado de la izquierda radical que con la derecha conservadora, y por lo mismo precisamente queremos y aspiramos a que los más inclinados a la derecha se sumen con nosotros y con nosotros vengán a la realización de la magna obra revolucionaria.

Hable usted, señor Salmerón, para disipar toda duda. Declare usted solemnemente que le calumnian los que le suponen capaz de atraerse una tendencia contra otros elementos republicanos; que la obra de usted es de verdadera fraternidad, de sincera unión, de leal inteligencia y de suma, en fin, bajo una sola dirección, con un solo programa, de todos los republicanos españoles: la revolución para implantar la República y la unión para sostenerla, contra todos nuestros enemigos.

Hable usted, señor Salmerón, para sellar los labios de los monárquicos y reaccionarios y disipar las dudas de los republicanos.

AURELIANO ALBERT.

Murmuraciones

Rodrigo Soriano ha armado en el Congreso la de Dios es Cristo y Suárez Inclán un lacayo de la corte.

Comenzó extrañándose de que el Sr. Montilla, autor silbado del proyecto sobre difamación, no haya previsto en los artículos que consigna, declarando poco menos que inviolable hasta la persona de Caserta, que es delito también arrojar piedras—como hicieron los liberales—cuando las personas reales contraen matrimonio a gusto suyo, pero a disgusto de la nación que les paga.

Puesto ya el pie en el estribo, el Sr. Soriano habló de la desconsideración que se tuvo con el ministro Sr. Suárez Inclán, en el pasado verano, durante el viaje de la Corte.

Cuenta que don Alfonso y la gente palatina se marchaban en los coches sin guardar la menor atención al señor ministro, y éste se veía negro luego para alcanzar la comitiva corriendo a pie por los arrecifes.

Dicen que por una carretera de Asturias lo vieron correr desaforado, con la castora echada hacia atrás y echando los bofes; y como alguien que no lo conociera preguntara quién era aquel señor, vestido de caballero, que iba desbocado, contestó uno:

—Es el ministro de Obras públicas, que va ejerciendo de galgo en la cacería veraniega de D. Alfonso XIII.

No paraban aquí las cosas; sino que, una vez que alcanzaba a la comitiva, con la mayor modestia, se colocaba a la cola, como un curioso cualquiera, y sólo se adelantaba cuando los augustos le decían:

—Ministro, ven aquí! Entonces el Sr. Suárez Inclán, con la mayor humildad, aparecía limpiándose el sudor constitucional que corría por su rostro, y daba fe de lo que le ordenaban.

Ocurrió que D. Alfonso y su comitiva de palaciegos tuvieron que firmar en un album, y cuando todos habían concluido su tarea, entonces se le ordenó al señor ministro que fuera a firmar.

El encargado del album, al presentarse el señor ministro, le dijo, señalando:

—Aquí... aquí, señor Suárez: debajo de la firma del caballero.

Y el Sr. Suárez Inclán firmó, y tuvo la alta honra de estampar su rúbrica constitucional al lado de las de los servidores.

A esto se ha referido el discurso del Sr. Soriano, discurso salpimentado de frases felices, de conceptos irónicos y de amargas censuras para esa tropa ministerial que, con tal gozar de las influencias que da el Poder, no tiene inconveniente en arrastrar por el fango de la lacayuería la investidura honrosa que ostentan.

A todos estos cargos contestó el Sr. Suárez Inclán que, si no fué en coche y sí a pie, fué por no confundirse con la servidumbre.

Y por eso echó sobre sí el papel de galgo constitucional en actual ejercicio.

En la sesión de que vengo hablando, el Conde de Romanones, en un pie como las grullas, dijo:

—El Gobierno se hace solidario de todo lo acaecido durante el viaje del rey.

Con tal de no soltar la cartera, son capaces los señores ministros actuales de hacerse solidarios de los crímenes de Musolino, el bandido calabrés.

Y allá va un disparate conde de Romanones.

Como le echara en cara al diputado señor Uribe su poco dinastismo, y éste le arguyera diciéndole que hay monárquicos de varias clases, contestóle el conde:

—No hay más que una clase de monárquicos: con dignidad y sin ella.

O sean dos clases.

¡A menos que el señor conde quiera demostrar que los monárquicos son como las monedas: que todas tienen cara y cruz!

Han estado en Zaragoza los señores peregrinos para visitar la Virgen del Pilar... Todos han dicho que las alhajas que tienen forman capital grandísimo. —¡Qué de alhajas! ¡Qué de alhajas!— gritan los muy devotísimos. ¿Serán, acaso, plateros todos esos peregrinos?

De un colega madrileño tomo el suelto siguiente que se relaciona con los ilustres próceres del Senado español:

«Asciende a 210 el número de senadores que han solicitado viajar gratis en ferrocarril, figurando entre éstos todos los arzobispos y obispos que tienen asiento en la alta cámara.

¡Pobrecitos! Todos ellos, singularmente los preladados, tienen para vivir espléndidamente, pero a nadie le amarga un dulce.

Aquí los gorriones suelen ser los poderosos, los altos personajes, las personas millonarias.

¡Aquí nadie paga a no ser el pobre.

Para este no hay billete gratis. ¿Quién le manda no ser obispo millonario?»

Después de leer lo anterior, pasen ustedes la vista por esto otro:

«Del extremo escandaloso a que en este país llega la inmortalidad, precisamente en corporaciones oficiales que debieran por su condición ser fieles guardadoras de las leyes que constituyen su propia garantía, da una triste prueba el siguiente hecho denunciado por D. Eugenio Blanco, vecino del pueblo de Toledo, Escalona de Alberche.

En la denuncia se hace constar que un terreno situado en el término de Almorox, sacado a subasta en el *Boletín Oficial*, como de 300 fanegas de extensión, cuenta la friolera de 1,500, y además del pinar que oficialmente se declara, tiene 50,000 vides plantadas fraudulentamente, habiéndose repartido dicho terreno como propiedad particular.»

Y después de todo esto, hagan ustedes el favor de decirme si nos salvaremos o nos hundiremos con eso del *affidavit*.

Porque si el *affidavit* consistiera en que iban a atrapar a todos los que burlan el pago de las obligaciones públicas e irregularizan por secciones y sin música, posible sería que el *affidavit* nos sacara de apuros.

¿Preguntan ustedes quién es el autor del proyecto contra la difamación?

Las Noticias de Barcelona publica su retrato. Dice así:

«Figurémonos el asombro de cuantos sepan ahora que el ministro de Gracia y Justicia se llama en la actualidad Juanito Montilla.

Ser joven, bilioso y fresco, son cualidades que no disfrutan todos los mortales. Con ellas llegó desde Ubeda a la corte nuestro flamante Catón, que se siente herido hoy en lo profundo de su alma ante la indefensión en que viven los ciudadanos mordidos por la maledicencia.

Recién llegando a la capital de España, puso cátedra de maldicencia en la Cervetería Escocesa; cambió de tribuna a poco en el izquierdista *Resumen*, y por último se doctoró como orador y desahogado, bajo la protección del difunto León y Llerena, sentándose en los escaños del Congreso.

Todavía sentirá en su hombro la mano del hujier Rodríguez, expulsándole de la tribuna de la prensa por increpar a Cánovas en términos peñados, por su proyecto contra la difamación.

Muchos han tomado en serio la nueva ley de Juanito, que de foliculario mediocre pasó a legislador inverosímil por obra y gracia de quien ha tomado siempre la gobernación del país como una broma pesada dada a los españoles.»

El que quiera saber más que pregunte a algún vecino de Jaén.

¡Allí sí que tiene fama de Montilla este Montilla!

CARRASQUILLA.

DON NADIE, CESAR

¿Quiere usted ser militar? Hay que ir a la Academia. ¿Clerigo? Al seminario. ¿Médico, abogado? A la Universidad. ¿Ingeniero, arquitecto? A la Escuela correspondiente. Ahora, si lo que usted quiere es ser ministro, donde tiene usted que ir es a la antesala, despacho, gabinete ó comedor de uno de los personajes que periódicamente y por turno riguroso secuestran la prerrogativa.

¿Pruebas de capacidad? Testimonios auténticos de inequebrantable rectitud? Grandes servicios prestados a la patria? Prestigios ganados lícitamente en el combate de la vida? ¡Quién piensa en eso! Tiempo atrás se premiaba con carteras los merecimientos de partido. Ahora ni ellos son necesarios. Al revés. Es ministro el último que llega. La defección, la apostasía, suelen ser méritos sobresalientes. Nada hay, ni los más resonantes y espantosos fracasos, que inhabilite para el cargo. Dígalos el gabinete actual, varios de cuyos miembros no pueden ostentar otro título al poder sino el de haber dejado indisolublemente unido su nombre con la luctuosa historia de nuestra vergüenza y nuestra ruina.

Lo que por tales caminos se alcanza y de tal suerte se confiere no es una distinción, un beneficio, una canonjía; no. Es la omnisciencia, la omnipresencia, la omnipotencia. Es el don de la infalibilidad. Es la facultad de hacer y deshacer, de atar y desatar. Es el privilegio de infringir las leyes. Es el derecho a la impunidad. Es la disposición amplia y libérrima sobre la fortuna, la libertad, la vida de los ciudadanos. Es, en suma, el poder ministerial de esta España de siglo XX, uno de los poderes más absolutos, dictatoriales é irresponsables que jamás conoció la historia.

Aterra el pensarlo. En manos de esos hombres, reídos por todos los anhelos, enfermos de todas las ambiciones, aventureros un día de la política, dueños al siguiente de la soberanía, queda confiada sin limitación, sin freno, sin garantía, la suerte de todo y de todos. Representarán en Estado a la nación y nos arrastrarán acaso a tremendas aventuras, amparada su arbitrariedad por el secreto diplomático. Estará a su arbitrio en Guerra el porvenir y la carrera de los defensores del país. Será en Marina su gestión más funesta que un Trafalgar. Dispondrán en Hacienda de la fortuna pública y de las privadas, arruinándonos por un prejuicio ó un error, causando de artificios, por una ley absurda, una incurable enfermedad de la moneda, abrumando con cargas insufribles al contribuyente y haciéndole imposible la vida. Podrán en Gobernación falsificar la voluntad nacional y hacer mangas y capirotes con los derechos del ciudadano y con las libertades públicas. Sostendrán en Gracia y Justicia nuestra infundación a Roma y a su merced se hallará la magistratura. Malograrán en Instrucción pública el porvenir moral de la nación y el profesorado les rendirá homenaje. Secarán en Agricultura é Industria las fuentes de la producción. Amos del país, por ministerio de una falsificación parlamentaria que engendra una representación mentira, todo les será lícito y todo estará a su merced.

Hijos del favor, son esos hombres padres de favor. No debiendo nada a la justicia, nada tienen que pagarla. Cuanto den al mérito, otro tanto se quitan a sí mismos. La arbitrariedad les engrandece; la injusticia les gana amigos. A mayor injusticia, mayor merced; a mayor merced, mayor agradecimiento. La culpa impune, la ineptitud encubierta, engendran la adhesión sin límites. Así vemos elevarse a esos jefes de grupo, verdaderos reyzeuelos de taifas, que llevan a la vida pública toda una novísima jerarquía feudal con juramento y vasallaje. El interés de estos modernos señores de horca y cuchillo es necesariamente opuesto al interés nacional. Para que allí resulten bien servidos, tiene que estarlo mal el país.

Y aun se pregunta por qué andan tan desmedrados entre nosotros los respetos del poder público? ¿Cuya es la culpa sino de aquellos que lo ejercen? Dueños de todas las instituciones sociales, no se elevan con ellas; las deprimen. Son estatuas que no se alzan sobre su pedestal, sino que le hunden. No se dice, ¡qué grande es don Nadie, que así a su antojo dispone de todo! sino ¡qué a menos a venido todo en España, que así a su antojo dispone D. Nadie de ello! Representando, encarnando el principio de autoridad, no se revisten de su majestad y prestigio: los menoscaban. No se cree que D. Nadie ha cambiado de naturaleza por haber escalado la cumbre. En cambio la autoridad sufre inevitablemente las conveniencias de la ineptitud, de la insignificancia ó del demérito de D. Nadie.

¿Que es democrática esta elevación de don Nadie a la dictadura? Distingamos. Hay dos especies de igualdades y, si se quiere, de democracias. Una es la democracia del derecho que, reconociendo la igualdad fundamental de todos los hombres, otorga los premios al mérito y confía a la aptitud los cargos. Otro, es la democracia, si vale la frase, del favor, para la cual todo merecimiento es indiferente ante el arbitrio de la merced. A la primera no han llegado aun del todo los pueblos más cultos. La segunda existe de tiempo atrás en los países musulmanes. Cuando se afirma que la sociedad española es eminentemente democrática, de fijo se alude a esta segunda democracia y no a la primera.

Ahora D. Nadie va a declararse indiscutible. No le basta ser irresponsable; no le satisface la

impunidad. Necesita poner una mordaza a la crítica y sofocar la censura. El que ose dudar de la corrección, si, D. Nadie, lo purgará en presidio. El que niegue las peregrinas dotes de don Nadie para el gobierno, lo pagará de su bolsillo.

Hay que echar un freno a la difamación. Don Nadie es el poder, es la autoridad, es el orden, es el Estado. No cabe consentir que nadie insulte impunemente a don Nadie. Después de todo, ¿qué ha hecho D. Nadie para ser así blanco de los disparos de la calumnia? Perdió a la patria y ha vuelto a gobernarla; hé aquí todo. ¡Llor eterno a don Nadie! Prosternémonos ante don Nadie, repitiendo en su honor, a guisa de jaculatoria:

—¡Don Nadie, para usted es el mundo!
ALFREDO CALDERON.

De actualidad

En el Consejo celebrado en Palacio, Moret hizo el discurso resumen, por encargo de Sagasta.

Expuso en síntesis las discusiones de las cámaras y se extendió acerca del debate del Senado por la importancia de las personas que en él intervienen.

Manifestó los trabajos para la próxima semana y la importancia que el Gobierno concede a los proyectos de Ley de reforma municipal y *afidavit*.

Ocupóse después de informar al rey de lo ocurrido en Jerez a consecuencia de la visita del Gobernador de Cádiz y situación de las huelgas de Valencia, donde la mayoría de las sociedades obreras se negaron a provocar la huelga general.

Los demás ministros hicieron indicaciones sobre los asuntos de los respectivos departamentos.

En la última reunión de la comisión de reformas sociales despacháronse varios expedientes del trabajo, y otro eximiendo de 20 años de contribución a las casas destinadas a obreros.

En el Senado Viesca pregunta por la situación en Jerez y el criterio del Gobierno.

Dice que el último mitin, más que cuestión social, fué obra de anarquistas, como lo demuestran los acuerdos tomados.

¿Qué hay de cierto sobre rozamientos entre el Gobernador y el Alcalde?

Pregunta si el Gobierno desautoriza al gobernador.

Dice que la cuestión de Jerez envuelve una cuestión política, como lo prueban los telegramas publicados por la prensa.

Almodóvar contesta que la cuestión de Jerez es la cuestión social, que es universal.

Desconoce los rozamientos entre el Alcalde y el Gobernador.

Dice que en beneficio de Jerez ha hecho el sacrificio del silencio.

Niega que las huelgas hayan resultado de intrigas políticas.

En el Congreso Rodrigo Soriano pide que se cuente el número de diputados.

Apruébase el acta por 76 votos.

Pregunta Soriano si ha quedado a cubierto el prestigio de los diputados, ministros y alcaldes, en los incidentes del viaje regio.

Romanones contesta que asume toda responsabilidad.

Nada ha ocurrido en desprestigio de nadie. Soriano insiste en que ocurrieron actos incompatibles con la dignidad del Gobierno.

Uria pónese de acuerdo con Soriano.

Afirma que los diputados fueron desairados: lo discutiremos y se demostrará la verdad.

Soriano declara, en vista de la afirmación del ministerial Uria, que depure los hechos Vega Armijo para evitar que el Parlamento se halle bajo el peso de tales acusaciones.

Armijo ofrécelo.

Suarez Inclán atenúa el incidente y Uria insiste sobre lo del desprestigio.

Durante la discusión se promueve escandaloso: protestas y campanillazos.

Soriano recuerda a Inclán que al firmar el album de Covadonga le advirtió una personalidad que no lo hiciera con la misma pluma y en la hoja que los reyes y príncipes y sí con la servidumbre.

Nuevos rumores: incidentes.

Soriano continúa detallando las incidencias y propone que se declare inviolable a la familia real y conde de Caserta y que se declare delito las piedras que se arrojan, excepto las que arrojan los liberales en Febrero para conseguir el poder.

Los conservadores aplauden y la mayoría protesta.

Ruidosos incidentes.

Inclán niega los hechos antes citados.

Afirma que en Gijón negóse a ocupar el carruaje de la servidumbre.

Interviene Montilla, rectifican y se termina el incidente.

Con motivo de la discusión sobre el viaje regio hubo varios incidentes personales en los pasillos del Congreso.

Uno, entre don Luis Canalejas y Villapadierna.

Cruzáronse frases duras.

En Barcelona explotó la caldera de una fábrica de peines, resultando heridos el dueño y dos dependientes.

El general Castro está cercado en Vitoria por los insurrectos.

Aquél hace inútiles esfuerzos por desalojar el cerco.

La situación es difícil.

En Puerto Rico hay descontento contra los yanquis, habiendo ocurrido en varias poblaciones desórdenes políticos.

En San Lorenzo, los amotinados usaron armas, resultando dos muertos y cinco heridos.

Es comentadísimo el incidente sobre el viaje regio, constituyendo espectáculo deplorable.

El gobierno quedó mal, atribuyéndose lo ocurrido a falta de dirección.

Dicen de París que el hijo de don Carlos ascenderá en globo y le acompañará el conde Lavarez.

Las operarias de la Fábrica de Tabacos de Valencia están en huelga.

El domingo habrá reunión de obreros para acordar el paro general.

Melquiades ha sido obsequiado con un banquete, pronunciando elocuencia discurso.

Romero, en la sesión del Congreso rogó a Moret que asista mañana a la Cámara, pues desea intervenir en el debate sobre el pimiento.

Hablase de la combinación de gobernadores.

San Petersburgo.—En Zelau ha habido terremoto: numerosas víctimas.

La Gaceta publica ampliando hasta 31 de Diciembre la autorización para efectuar el grado de Licenciatura con arreglo al cuestionario precedente.

Lo superfluo

Todos los de esta generación conocimos al Excmo. señor D. X., exdirector general y usufructuario de una buena renta.

Aquel amigo vivía con holgura; pero no pasaba domingo sin que pidiera a otro de los suyos, y poco antes de comenzar a comer, cuarenta reales.

—¿Para comer?—le preguntaban.

—No—contestaba él.—Pido para beber.

—¿Y cómo es eso?

—Se lo explicaré a usted perfectamente. Yo no necesito nada de nadie. Tengo lo preciso. Puedo comer a diario en el Casino. Pero me falta lo superfluo, me faltan dos duros los días de fiesta para beber Champagne, y eso es lo que pido.

¡Lo superfluo!

En un magnífico discurso de Alberto Bosch he leído lo siguiente:

«Lo que se llama superfluo en el estado actual de la cultura es lo que hace soportable la vida.»

Con cinco pesetas al día se puede evitar la muerte.

Pero eso no es vivir. Vivir es pasarlo bien, y con cinco pesetas no se tiene mujer, ni amigos, ni traje, ni fonda, ni teatro.

Con ese sueldo no se puede mandar. Solo se puede obedecer.

La felicidad del cuerpo no está en el ayuno, ni en la austeridad, ni en la resignación, ni en la fe, ni en la esperanza. La felicidad del cuerpo no está en las virtudes: está en los vicios.

Eso lo sabe cualquiera. Y mejor que nadie, los que se arruinan.

El más avaro del dinero es el jugador. Solo lo derrocha en el juego. Sería capaz de reducir el vestido al taparrabo, y la comida al rancho, antes que distraer una peseta de las dedicadas al juego. Son muchos los que se han jugado a la mujer, y no se han jugado a las demás personas de la familia porque no las han admitido las posturas.

Edgar Poe sacrificó a la bebida su elegancia, su gentileza, su esposa, que fué su único amor; lo sacrificó todo. Y murió a su gusto del *delirium tremens* en una taberna de Baltimore.

Byron sacrificó su vida a las mujeres y acabó a los treinta y seis años.

De los otros vicios no hay que hablar. Tientan, seducen, arrastran, satisfacen en razón directa de su intensidad y de su estrago.

Se necesitan muchos de los más inocentes para que produzcan un placer semejante a cualquiera de los pobres.

También se dice de lo superfluo que es un vicio. Y sin embargo, si para los que no lo comprenden es lo que sobra, para los que lo conocen es lo necesario, y para los que no lo tienen y saben lo que es, aquello es lo indispensable... lo indispensable para ser feliz en el mundo.

Lo que se gana con el sudor de la frente mantiene en pie al trabajador, como se mantienen en pie los irracionales. No hay nada más interesante que lo que no nos importa. Y nos morimos por ello en las murmuraciones de la conversación.

La primera necesidad que siente el hombre pú-

blico es la de rodearse de personas que le sean notablemente inferiores, la de formar la escolta, la necesidad de lo superfluo.

Robinson vivió en la isla con todo lo necesario. Cuando encontró un compañero encontró lo que no había necesitado, encontró lo superfluo, y no hizo del compañero su amigo, sino su criado.

Como un hombre tenga lo superfluo, dice no sé quién, y yo lo creo, el talento de la conversación, el aire distinguido y el trato agradable, las mujeres no le preguntan dónde va, sino dónde quiere ir....

Nada más caro que lo superfluo; nada tan querido como las preciosidades inútiles.

Un coche con un caballo son una miseria. Seis coches con sesenta caballos, eso es lo superfluo, eso es lo grande.

Ocupar en el carruaje todos los asientos; tener más criados de los que hagan falta; vivir en una casa como un pueblo; meterse en camisa de once varas....

—¿Eso es lo superfluo?

—Pues eso es lo que hace todo el mundo siempre que puede.

ATICO.

Curiosidades

ANTIGUAS TUMBAS HELVETICAS

El antiguo cementerio de la colina de Bel-Air, cerca de Lausanne (Suiza), siempre ha sido objeto de curiosidad para los arqueólogos por lo que de él se cuenta respecto a la persistencia de ciertas tradiciones populares y de prácticas supersticiosas. Hace cien años todavía había aventureros que a la media noche acudían allí trazando con una espada círculos mágicos, pretendiendo que el brillo de la hoja, al ser agitada entre las tinieblas, proyectaría visiones de damas blancas y duendes que les guiarían al sitio donde hallarían escondidos tesoros muy valiosos. Igualmente concedían valor a los fuegos fatuos exhalados de las tumbas, deduciendo de ellos múltiples agüeros. Fué durante mucho tiempo, en fin, y hasta hace un siglo, el citado cementerio teatro de toda leyenda y dió margen a las imaginaciones fantasmagóricas para todo género de sueños. A los timoratos las antiguas sepulturas de aquel lugar inspirábanles invencible terror.



Broche de bronce

(Hallado en la tumba de Bel-Air)

Los buscadores de tesoros por una parte y los agricultores por otra, disfrutando de toda libertad durante tiempos más cercanos, acabaron por desvastar las tumbas de la colina de Ben-Air. En 1838, en vista del valor arqueológico de aquel cementerio, resolvióse acabar con las supersticiones, en beneficio de la ciencia, y mediante trabajos hábilmente dirigidos, excaváronse hasta trescientas tumbas, todas ellas largas de dos a siete pies, según la edad y altura de los difuntos encerrados en ellas, todas con la cabeza hacia Levante y formando hileras irregulares. Algunas de estas tumbas están hechas con piedra molar; otras habían sido construídas con simples losas ó con trozos de muro, y en muchas los esqueletos estaban sencillamente envueltos en la tierra. Halláronse superpuestas hasta tres hileras de sepulturas. Las primeras inhumaciones habíanse verificado a cinco ó seis pies de profundidad y estaban sólidamente recubiertas, formándose en la alta pared que las cubría otra serie de ellas. Estas dos líneas de nichos estaban intactas completamente. Sobre ellas, y separadas en la misma forma, otra tercera hilera casi a flor de suelo.

En tan vasto cementerio estaban representadas todas las edades: el niño, acompañado de sus juguete; la mujer, con sus adornos; el guerrero, con sus armas; el artesano con los instrumentos de su profesión. Las tumbas de los viejos únicamente encerraban sus esqueletos. Observábase allí que los objetos colocados con los



Placa de broche en bronce plateado

difuntos eran la expresión del sentimiento ocasionado por una muerte prematura. Todos los muertos habían sido colocados de espaldas, con la cabeza ligeramente alzada y los brazos rectos

y extendidos. Solo los de dos tumbas presentaban una actitud excepcional que parecía revelar casos de catalepsia; en una las piernas del difunto no estaban rectas, según costumbre general; uno de los brazos apretaba la cintura y la mano derecha estaba metida en la boca, lo que indicaba un acto de desesperación. En la otra el esqueleto de una joven indicaba también claramente que había hecho esfuerzos desesperados al despertar en aquel lugar.

En los sepulcros de las mujeres halláronse agujas de cabeza, peines de hueso, aros de metal para las orejas, broches, pulseras, hebillas para la cinturas y collares de cuentas de cristal ó de pasta esmaltada. Algunas de estas cuentas son muy parecidas por sus formas, dimensiones y distribución de sus colores, a las descubiertas en antiguas tumbas de Egipto, España, Francia, Inglaterra, Suecia, Alemania y Crimea. El arte fenicio creó los tipos, el comercio los extendió y fueron imitados en Occidente. El amber rojo del Báltico y el nacar de los mares indios empleáronse con profusión en la ornamentación de la necrópolis de que tratamos.

Las armas de los guerreros consistían esencialmente en hierros de flecha ó de pica, cuchillos macizos de escasa longitud, otras largas, aladas por un sólo lado, siempre a la derecha de los cadáveres. Los cinturones los tenían fijados en las caderas por medio de un gran broche de hierro damasquinado adornado con muchas placas de metal. Las damasquinaduras, muy raras en gran número de museos de antigüedades, son frecuentísimas en las tumbas de Bel-Air. Constituyen láminas ó hilos de plata incrustados en placas de hierro de modo que forman entrelazados y varios dibujos.



Escudo y placa de hierro damasquinado

También se hallaron otros broches de bronce argentado, representando personajes simbólicos del cristianismo más primitivo. Estos personajes, completados por otros descubrimientos análogos hechos en el cantón de Vaud, representan entre otros: Cristo bendiciendo y el profeta Daniel en la zanja con los leones, con esta leyenda: «NASVALDUS NANS VIDAT DEO, VTERE FELEX. DANIMIL», y varios hombres en actitud de adoración ante la cruz.

Las hebillas de la cintura las tenían colocadas en último término de aquella, bajo el cinturón, lo mismo que en las antiguas estatuas de caballeros de otros países y algunas veces el pie izquierdo calzaba una espuela sin pinchos.

En algunas tumbas había vasos de arcilla, ollas de piedra ó de barro, campanillas de hierro, pedernales, llaves simbólicas, escoplos, monedas y otros objetos más ó menos indeterminados.

En la mano de una mujer había varias perlas enfiada; en la de otra un huso. Un joven sostenía entre ambas manos un cuchillo; un guerrero, en la derecha una pica.

Estudios posteriores a la fecha de la inhumación han confirmado que los enterramientos típicos del Bel-Air verificáronse del quinto al noveno siglo de nuestra Era, y que los muertos provenían de los helveto-burgondos.

La huelga de Jerez

Dice El Guadalete llegado hoy a Sevilla:

«Ayer tomó gran incremento la huelga de obreros agricultores, abandonando el trabajo y entrando en la población muchos y marchando otros directamente a sus pueblos.

Según los datos que hemos podido adquirir, entraron en la ciudad 326 obreros.

En los cortijos del *Rosario, Pozuela, Casarejo, Maritata y Romanitos*, abandonaron el trabajo todos los obreros.

En veinticinco cortijos, aunque no con todo el personal necesario, se continúan haciendo los cohechos.

En el local de la calle Clavel número 24, celebró anoche sesión ordinaria la Sociedad de obreros Agricultores, concurriendo unos 300 individuos.

Presidió José Mateo Moscoso, y actuó de secretario José Torralvo.